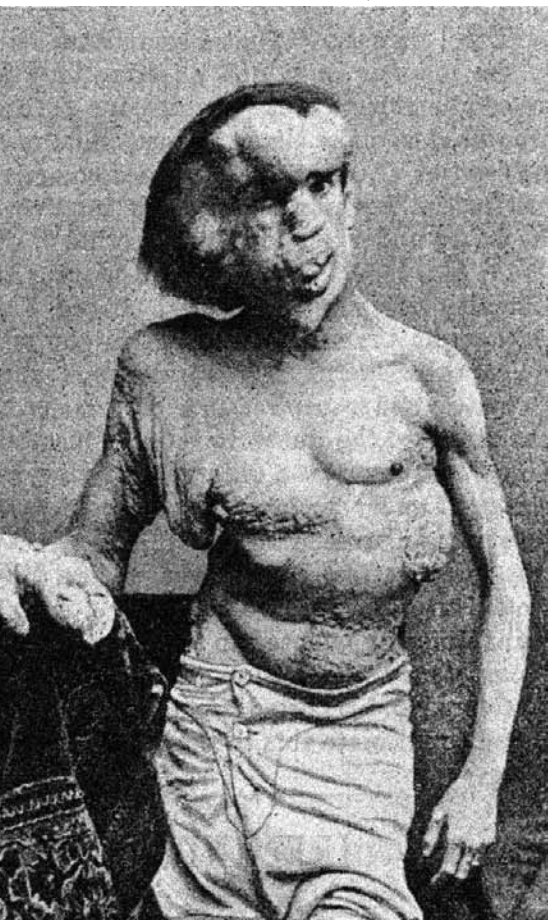


Máquina Turing

Primer cuadro

Paulette Jongitud Acosta

Joseph Merrick, 1889



Este texto forma parte de una novela en proceso. Máquina Turing ocurre en un paréntesis antes de la muerte y narra el encuentro y la vida de dos compañeros improbables: Alan Turing y Joseph Merrick, el hombre elefante. La estructura de la novela está basada en el funcionamiento de la Máquina Turing

LA MÁQUINA SE PONE EN FUNCIONAMIENTO y se escucha su traqueteo metálico.

Un murmullo detrás del raído telón que anuncia: Sobre números computables con una aplicación al *Entscheidungsproblem*. Se acerca el patrón, un hombre que tiene un enorme parecido con Winston Churchill y haciendo grandes ademanes de presentador de circo corre la cortina. Alan está encogido en un rincón, su cuerpo apenas cubierto por un pantalón que alguna vez fue elegante. Se calienta frente a un ladrillo sobre un mechero y con el dedo traza números sobre el polvo que cubre el suelo. Se acerca Joseph Merrick, el hombre elefante: sombrero de copa, un falso bigote que se le ladea sobre el labio deforme. Camina con la cautela de quien se acerca a un animal herido.

El cerebro es una máquina prodigiosa, dice Alan, una máquina que lo puede todo. ¿Será posible construir una máquina a semejanza del cerebro? Una máquina que escriba sonetos, que juegue ajedrez, que haga compañía.

¿Es eso, ese de ahí?, pregunta Merrick y se lleva a la nariz un pañuelo. El bigote falso es un equilibrista sobre aquel labio hinchado.

Así es, contesta el patrón, acérquese, ya que pagó por una función especial.

Sí, señor Primer Ministro, dice Alan, comprendo la importancia de la Batalla del Atlántico. Sé que hemos perdido ya muchos buques con provisiones, más de los que podemos permitirnos. No hay que olvidar que vivimos en una isla, claro, no lo olvido. Una isla. No podemos sobrevivir a base de carbón y ladrillos, algo hay que comer. Y esos submarinos enemigos que parecen salir de entre la espuma y atacan en manadas, como lobos en la noche, se meten sumergidos entre los convoyes y salen en mitad de la caravana para atacar a quemarropa. Esos lobos son lo único que le asusta del enemigo, sí, lo entiendo. Pueden estar en cualquier parte, los submarinos. Bueno, sólo en agua, pero... Sí, disculpe, señor.

Dios mío, dice Merrick y se le escapa un gemido a medio camino entre la risa y la arcada, en toda mi carrera no había visto algo tan...

Con gusto trabajaré para usted, para la Isla, el tiempo que sea necesario, sigue Alan, le confieso que prefiero trabajar en un escritorio que estallar en mitad de un campo de batalla.

¿Podría ponerse en pie?, pregunta Merrick y se acerca un poco más.

El patrón golpea a Alan con una vara que va a dejar su marca junto a muchas otras que se tejen en la espalda amoratada: ¡Levántate!

Bueno, sí, para descifrar los mensajes de la armada enemiga habrá que trabajar mucho. Alan se pone en pie para mostrar su cuerpo maltrecho, una pierna torpe, una mano colgando inerte, los incipientes senos, y habla al tiempo que posa, se inclina y vuelve a incorporarse. Será imprescindible conseguir información que nos permita, ¿lo que yo necesite? Comencemos por un lápiz



y un papel, un escritorio y uno o dos buenos cerebros que me ayuden. ¿Inteligencia? Espionaje, querrá usted decir, que la inteligencia es otra cosa. Sí, sí, bueno, digamos "información", ¿le parece un término adecuado? El caso es que será imprescindible interceptar cuantos mensajes podamos. ¿Ya lo hacen? Magnífico, magnífico, aunque no comprenderán una palabra de lo que interceptan, supongo.

Es, es, el espécimen más desagradable de toda la humanidad, dice Merrick y su cuerpo parece debatirse entre avanzar o retroceder; ¿un defecto de nacimiento? ¿Siente dolor? Nunca me había encontrado con un ser humano en tal estado de degradación. ¿Es idiota? Le ruego a Dios que sea idiota, que no sepa de sí mismo.

Vamos, no lo insulte, se queja el patrón y juega con las monedas que lleva en el bolsillo, no es para tanto. Un poco deforme, eso es todo. Ha sido muy útil. Sabe hacer muchas cosas. Me gusta pensar en él como en la gallina que puso todos los huevos y nunca cacareó, un guerrero desconocido.

Un mensaje transmitido por radio lo intercepta cualquiera, Alan sigue moviéndose como en un espectáculo de feria, y habla sin poner atención a nada más, por eso hay que disfrazarlos. Es todo un sistema de disfraces, no muy complejo, por otra parte. Sustituciones, sustituir una letra por otra, basándose en un

sistema preestablecido. Ponerse de acuerdo: la A será la J, la R será la O y seguir así. Bueno, un poco más complicado que eso. El enemigo utiliza una máquina para hacer sustituciones. Una máquina. ¿No es fantástico? ¿Indescifrable? No, señor, algo se podrá hacer. Nosotros podríamos utilizar una para descifrarlos. El cerebro es una máquina que lo puede todo, señor Primer Ministro, y aún no hay otra que se le compare. Aún.

¿Qué es ese olor repugnante?, pregunta Merrick y de nuevo se lleva el pañuelo a la cara. La humedad de la habitación hace que el poco cabello de Merrick se esponje, su cabeza un deforme diente de león, por más que él se esfuerce en ocultarlo bajo el sombrero.

Todos ellos usan la misma máquina para codificar sus mensajes, sigue Alan, la llevan en cada avión, en cada submarino. La configuran todos igual y saben así que durante un día, para las primeras palabras del mensaje, la A será la J y la R será la O. Sencillo. Ingenioso. ¿No cree? Así, nuestras posibilidades de descifrar los mensajes disminuyen. Disminuyen, Primer Ministro, pero existen. Este no es un problema irresoluble, le doy mi palabra.

Creo que se ha cagado, dice Merrick.

Cada mensaje comienza con las instrucciones, dice Alan y habla cada vez más fuerte. El mensaje inicia con: es así como estoy codificado y luego comunica lo que quiere comunicar. De modo que si desciframos las instrucciones, las reglas, podremos descifrar luego el mensaje. Reglas. Todo tiene reglas, parámetros, patrones. Sólo hay que encontrarlos. Una máquina fantástica, el cerebro.

¿Qué ruido es ese?, Merrick se inclina hacia Alan y por poco el peso de su cabeza le hace caer de bruces.

Intenta hablar, dice el patrón, si escucha con atención, le entenderá.

Este hombre debe acompañarme, dice Merrick, tiene que haber algo que podamos hacer por él. ¿Le han diagnosticado? Es un caso magnífico. Una oportunidad en millones. ¿Podría prestármelo? Quiero decir, ¿podría acompañarme este caballero al hospital? Es aquí, al otro lado de la calle. Le extiende a Alan una tarjeta de presentación, éste la toma y lee entre tartamudeos: Dr. Frederick Treves. Royal London Hospital. Whitechapel Road.

Merrick le arrebató la tarjeta: ¿Qué has dicho?

Mi madre, señor, un elefante de circo que visitaba Whitechapel se escapó y asustó a mi madre, está todo en el panfleto, dice Alan y le extiende unas hojas en las que se lee: Sobre números computables con una aplicación al *Entscheidungsproblem*.

La máquina se pone en funcionamiento y se escucha su traqueteo metálico. ■■■

